

distinta de la política, en que se encuentran no pocos intereses privativos suyos, que debe sacar a salvo; y, en el mismo terreno de las relaciones cívicas, aprendió que conserva derechos llamados con razón inalienables. La unidad social supo distinguirse del gran organismo del cual forma parte, y afirmarse ante él con toda la fuerza derivada de la solidaridad a que concurre.

El dominio del individualismo no ha sido pacífico. Hoy más que nunca se le combate, y con vigor centupli-

cado. Pero no es ésta la ocasión para tratar de materia tan interesante. Me propuse sólo desenterrar por un momento una vieja raíz, de las infinitas que ha tenido la tiranía; de esas que de cuando en cuando reverdecen al calor, aunque no lo parezca, del pujante socialismo de nuestros tiempos.

ENRIQUE JOSÉ VARONA

Vedado, 9 de marzo de 1918.

(*Letras. Habana.*)

ENTREGA DE LA COPA POLA

Discurso del Doctor Gómez Restrepo

El domingo pasado, en el acto de entregar la COPA POLA, que jugaron los equipos "Tarqui" y "Boyaca", el Dr. Antonio Gómez Restrepo, pronunció el siguiente discurso:

AL cumplir con el honroso encargo de entregar esta copa al bando triunfador, uno mi aplauso a los muy entusiastas que acaban de resonar en su honor y que han conmovido los ecos de los vecinos montes. Es digno de loa todo esfuerzo viril, todo despliegue de energía, dirigidos a un fin proporcionado y honesto; y en países como Colombia, colocados en zona benigna pero de hechizo enervante y en donde las energías vitales suelen agostarse en flor, deben estimularse los deportes que, poniendo en acción los músculos y desarrollando el pecho, mantienen vivo el contacto entre el organismo juvenil y la madre naturaleza.

Estos juegos, que a muchos parecen pueriles, son de antiguo y clásico abolengo, y pueden autorizarse con el ejemplo de los países más cultos de la tierra. Ni en las democracias de la antigüedad, ni en la Europa del Renacimiento, ni en la moderna Inglaterra, ni mucho menos en la gran República del Norte, se consideró jamás como cosa secundaria el cultivo de las fuerzas físicas; ni se estimó que, en un sistema racional de educación, pudiera descuidarse la tarea de preparar digna morada corpórea al espíritu inmortal. No se trata, no, de desarrollar el animal humano a expensas de la razón y de la inteligencia, dándole armas ofensivas, dóciles para la destrucción, sino de establecer un sano equilibrio entre la parte física y la moral, para formar hombres completos, capaces de servir a su patria en los gabinetes de estudio, y, si preciso fuere para la defensa del honor nacional, en los campos de batalla.

Todos vosotros, jóvenes contendores, que os formáis en el estudio de la

historia y os iniciáis, bajo sabia disciplina, en el cultivo de las letras humanas, sabéis muy bien lo que los juegos atléticos significaban para los pueblos de raza helénica. ¡Qué hermoso espectáculo el que presentaría esa inmensa muchedumbre compuesta de gentes venidas de todas las islas griegas, pero hijas todas de Minerva, y a quien se convocaba, en épocas solemnes, para presenciar los juegos olímpicos, ístmicos o nemeos! Eran los héroes de aquellas luchas pacíficas, aunque no siempre incruentas, la flor de la juventud griega: esos mozos gallardos, de constitución hercúlea y hermosura apolínea, parecían todos hijos de reyes o de semidioses. ¿Qué buscaban esos atletas, ungidos con el óleo que daba flexibilidad a sus miembros; esos aurigas, que hacían volar en el circo sus corceles espumantes? Buscaban la inmortalidad, que ceñía sus sienas con la corona del triunfo, escribía sus nombres en las tablillas de la historia, y los hacía volar hasta el cielo en las alas de la inspiración triunfal de Píndaro, que dió eterna resonancia a lo que por su naturaleza debió ser pasajero y fugaz.

El Conde Baltasar de Castiglione, en su célebre libro de *El Cortesano*, que fué como un breviario de la elegancia caballeresca en los áureos días del Renacimiento italiano, después de enumerar las cualidades de ánimo que debe poseer el perfecto caballero, pasa a hablar de las dotes físicas y dice entre otras cosas lo siguiente, que os recuerdo en la traducción clásica de Boscán:

«Puedense hallar muchos ejercicios, los cuales, aunque no procedan directamente de las armas, tienen con ellas muy gran deudo, y traen consigo

una animosa lozanía de hombre. Hace al caso tener habilidad en saltar, en correr, en tirar barra. Porque, demás del provecho que todo esto hace en la guerra, suele algunas veces atravesarse alguna porfía o competencia en semejantes cosas, y el que entonces se muestra más hábil, queda mejor, especialmente en la opinión del pueblo, al cual de necesidad ha de tener respeto el hombre que quiere vivir en el mundo; y porque lo digamos todo, es también un buen ejercicio el juego de la pelota, en el cual se conoce claramente la disposición y soltura del cuerpo y casi todo aquello que en los otros ejercicios se ve».

Y un grande italiano moderno, tan grande como desdichado, que albergó un alma excelsa en un cuerpo raquíptico, el poeta Leopardi, ensalzaba hace un siglo a un vencedor en el balón en una oda digna de Píndaro; y volviendo los ojos a la antigua Grecia, que fué la estrella polar de su pensamiento y de su inspiración, estimaba por incapaz de haberse bañado en la sangre de los bárbaros en la batalla de Maratón, a aquel que mirara, con estúpida indiferencia, las luchas de la palestra.

Doloroso contraste el que ofrecen el juvenil vencedor y su poeta, joven también, pero condenado a vejez prematura por incurables dolencias! El uno—según el poeta—está llamado a más altas victorias, en defensa de su patria; el otro, no espera nada de la vida y proclama la infinita vanidad del todo. El uno, tiene el brío de la salud; el otro, la tristeza de la degeneración. Admirad el genio, aun cuando se manifieste en esta forma melancólica; pero procurad que vuestro cuerpo no sea la cárcel triste y oscura en que vegeta y se consume el espíritu.

Goza de estos días que quizá sean los más bellos de vuestra vida, porque en vuestro cielo no hay nubes, ni hay sombras en vuestra alma. Abrid el ánimo a las inspiraciones de la verdad y del bien, como abris los anchurosos pechos a los efluvios de las frescas y saludables brisas que bajan de estos montes. Dad firmeza al brazo de la palestra, como la dáis al raciocinio en la gimnasia de la lógica; conquistad el triunfo, no por la pueril satisfacción de la vanidad, sino como estímulo para aspirar a vencer en nuevas y más árduas lides del pensamiento y de la acción. Agradeced a los ilustres religiosos, hijos de San Ignacio, la gentil benevolencia con que han puesto este hermosísimo sitio a vuestra disposición, para que sea teatro de vuestras pacíficas luchas, que ellos presiden y aplauden; y guardad esta copa simbólica como prenda valiosa que queda confiada a vuestro esfuerzo, a vuestra distinción y a vuestra valentía.

(*El Diario Nacional. Bogotá.*)